



DISCURSO¹

POR RODOLFO CHIARI
Presidente de la República de Panamá

Señores:

Rara y extraña situación la mía. Ajeno por completo al estudio científico de nuestra lengua y a disciplinas de esta índole, no por aversión o abandono, ni por desconocimiento de lo bello o de lo útil, sino porque apremiantes actividades de otro orden han reclamado mi consagración y mi tiempo, tócame en suerte, por una de esas frecuentes ironías del Destino, presidir este acto excepcional por lo solemne y trascendental, por su alcance, e instalar la Academia Panameña de la Lengua correspondiente de la de Madrid.

Sin otro título para este honor que el de la representación oficial que tengo, permitidme que invocando esa representación, precisamente, me regocije con vosotros y ostente mi patriótica satisfacción por la alta distinción hecha a mi Patria, bien ganada a mi ver, porque fue en nuestro Istmo de Panamá donde se fundó la primera ciudad de Tierra Firme por los conquistadores españoles; durante muchos años Panamá fue el centro más importante de las actividades de aquellos hombres extraordinarios y de aquí partieron llenos de fe y de coraje a

¹ Pronunciado en la inauguración solemne de la Academia Panameña de la Lengua, correspondiente de la Española, acto que tuvo lugar en la noche del 19 de agosto de 1926, en el Aula Máxima del Instituto Nacional del Panamá.

realizar sus legendarias proezas; sin duda alguna es la ciudad del Continente Americano donde con más pureza y corrección se habla y se conserva la hermosa lengua de Cervantes; ésta es la única ciudad de origen español en América que ha honrado la memoria del inmortal autor del Quijote, elevándole, en uno de sus mejores paseos públicos, un monumento digno de su fama; conservamos con afecto el espíritu hidalgo y caballeresco que trajeron a estas tierras nuestros abuelos de España, tenemos el orgullo de ese abolengo, y en todo corazón panameño —siempre atento a los reclamos y anhelos del viejo soler hispano— palpita radiante y salvadora la fe en los destinos de la raza que con su sangre nos dio su religión y su lengua tan rica y armoniosa.

Con el soberbio gesto del sembrador convencido de que la semilla arrojada al surco rendirá abundantes frutos, así la Academia de la Lengua crea la que en Panamá ha de representarla y cooperar con ella a su objeto primordial de «limpiar, fijar y dar esplendor» al idioma.

Alcanzar las palmas de académicos es colocarnos a la cabeza del movimiento intelectual del país, elevada distinción que no podréis corresponder cumplidamente sino a condición de que hagáis de la Academia una institución verdaderamente nacional, de civilización, de perfeccionamiento y de paz, extraña a toda tendencia que busque fines distintos o que pretenda el designio de penetrar en la conciencia del creyente o intervenir en el criterio y la simpatía de los ciudadanos.

«Creo que en este sitio y a partir de este día comienza una nueva faz para la humanidad y podremos decir: yo estuve allí». No recuerdo bien si la frase es exacta, pero esa fue la idea del

eximio Goethe al comentar los resultados que tendría la célebre batalla de Valmy. Parodiando al gran poeta alemán, será realmente causa de justa satisfacción al hacer la recordación de este día, poder decir: «Allí comenzó una nueva faz de la vida de Panamá, allí estuve yo».

Reverendo Padre Fabo: a vos corresponde la iniciativa de esta Academia Panameña y por ella hemos contraído deuda de imborrable gratitud para con vos.

Señor don Samuel Lewis, director de la Academia: al declarar como lo hago, en nombre del Gobierno, formalmente inaugurada la Academia Panameña de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española, os entrego esta medalla en señal de que aceptáis el cargo de director de dicha Academia Española en Panamá y de que cumpliréis los deberes que os imponen las bases, Estatutos y Reglamentos de la misma.